

## PRIMERA PARTE

# ALGO EN COMÚN

Jueves, 12 de mayo

*La mayoría de las violaciones de la intimidad vienen dadas no por la revelación de grandes secretos personales, sino por la publicación de numerosos datos de escasa relevancia[...]. Como en el caso de las abejas asesinas, una no es más que un fastidio, pero un enjambre puede ser mortal.*

ROBERT O'HARROW, JR., *No place to hide*



# I

Algo la inquietaba, pero no acertaba a descubrir qué era.

Como un dolor leve pero constante en alguna parte del cuerpo.

O como cuando vas por la calle hacia tu casa y un hombre va detrás de ti. ¿Era el mismo que te había estado mirando en el metro?

O como una mota negra que se mueve hacia tu cama y que desaparece de pronto. ¿Era una viuda negra?

Entonces su visitante, sentado en el sofá de su cuarto de estar, la miró con una sonrisa y Alice Sanderson olvidó su inquietud, si es que podía llamársela así. Arthur era muy listo y estaba cuadrado, eso desde luego. Pero lo que contaba de verdad era su fantástica sonrisa.

—¿Te apetece un vino? —preguntó al entrar en su pequeña cocina.

—Claro. Lo que tengas.

—Esto es divertido. Hacer novillos un día de entre semana. Dos adultos crecitos. Me gusta.

—Como dos salvajes natos —bromeó él.

Más allá de la ventana, al otro lado de la calle, se veían hileras de casas de piedra arenisca pintada o al natural y parte del horizonte de Manhattan, que aparecía brumoso en aquel agradable día de primavera. El aire que entraba (bastante fresco para ser de ciudad) llevaba el olor a ajo y orégano del restaurante italiano que había calle arriba. Era la comida preferida de ambos, uno de los muchos intereses que habían descubierto que tenían en común desde que se conocían. Hacía sólo un par de semanas que habían coincidido en una cata de vinos en el Soho. Era finales de abril, y Alice se había descubierto entre un grupo de unas cuarenta personas, escuchando una conferencia de un sumiller acerca de vinos europeos. De pronto, había oído a un hombre preguntar por un tipo concreto de tinto español.

Se había reído en voz baja. Daba la casualidad de que ella tenía una caja de ese mismo vino (bueno, parte de una caja). Lo producía una bodega poco conocida. Quizá no fuera el mejor rioja de la historia, pero para ella tenía un buqué especial: el de los buenos recuerdos. Había tomado gran cantidad de aquel vino con su amante francés cuando estuvieron una semana en España: un

romance perfecto, justo lo que necesitaba una chica de veintitantos años que acababa de romper con su novio. Había sido un lígüe de vacaciones apasionado, intenso y, naturalmente, abocado a morir, lo cual lo hacía aún mejor.

Alice se había inclinado un poco hacia delante para ver quién se interesaba por aquel vino: un hombre trajeado y anodino. Tras tomar varias copas de los caldos seleccionados, se había envalentonado y, sosteniendo en equilibrio un plato con canapés, había cruzado la sala para preguntarle por su interés en aquel vino.

Él le había hablado de un viaje que había hecho a España unos años antes con una exnovia. De cómo había aprendido a disfrutar del vino. Se habían sentado a una mesa y habían estado hablando un buen rato. A Arthur, por lo visto, le gustaban la misma comida y los mismos deportes que a ella. Los dos corrían y cada mañana pasaban una hora en sus carísimos gimnasios.

—Pero —le había dicho él— yo llevo las camisetas y los pantalones más baratos que encuentro en JC Penney. Ese rollo de las marcas no me va. —Luego, al darse cuenta de que seguramente la había ofendido, se había puesto colorado.

Pero Alice se había echado a reír. A ella le pasaba lo mismo con la ropa de entrenar (que en su caso compraba en Target cuando iba a visitar a su familia en Nueva Jersey). Había refrenado el impulso de decírselo, sin embargo: le preocupaba parecer demasiado agresiva. Así pues, se habían enzarzado en aquel juego tan común del lígoteo entre urbanitas: lo que tenemos en común. Habían puesto nota a distintos restaurantes, habían comparado episodios de *El show de Larry David* y se habían quejado de sus psiquiatras.

Había seguido una cita y luego otra. Art era divertido y cortés. Un poco envarado, tímido a veces, y retraído, lo que ella achacaba a lo que él mismo describía como «la ruptura infernal»: una larga relación de pareja con una chica que se dedicaba a la moda. Y a su extenuante horario de trabajo: era un hombre de negocios de Manhattan. Tenía poco tiempo libre.

¿Saldría algo de aquello?

Arthur no era su novio todavía. Pero había personas mucho peores con las que pasar el rato. Y cuando se habían besado, en su cita anterior, Alice había sentido esa lenta punzada que significaba que entre ellos había (¡oh, sí!) química. Esa noche desvelaría hasta qué punto la había. Se había fijado en que miraba a hurtadillas (o eso pensaba él) el vestidito ceñido que había comprado en Bergdorf especialmente para la ocasión. Y había hecho ciertos preparativos en la habitación, por si aquel beso llegaba a mayores.

Volvió a sentir aquel leve desasosiego, aquel nerviosismo por la araña.

¿Qué era lo que la inquietaba?

Supuso que no era más que un vestigio del desagrado que había sentido poco antes, cuando un mensajero le había llevado un paquete. Tenía la cabeza afeitada y las cejas pobladas, olía a tabaco y hablaba con un fuerte acento del este de Europa. Mientras ella firmaba los papeles, la había mirado de arriba abajo con clara intención de ligar con ella y luego le había pedido un vaso de agua. Al traérselo de mala gana, Alice se lo había encontrado en medio de su cuarto de estar, mirando su equipo de música.

Le había dicho que esperaba visita y el repartidor se había marchado con el ceño fruncido, como si le hubiera hecho un desaire. Alice había estado mirando por la ventana y había notado que tardaba casi diez minutos en subir a la furgoneta aparcada en doble fila y marcharse.

¿Qué había estado haciendo todo ese tiempo en el edificio? ¿Comprobando si...?

—¡Hola! ¡Aquí la Tierra llamando a Alice!

—Perdona. —Riendo, se acercó al sofá y se sentó junto a Arthur. Sus rodillas se rozaron. Dejó de pensar en el mensajero. Entrechocaron sus copas. Eran dos personas compatibles en todo lo importante: política (contribuían prácticamente con la misma suma al sostenimiento del Partido Demócrata y hacían aportaciones a la campaña de recaudación de fondos de la radio pública), cine, comida, viajes, y los dos eran protestantes no practicantes.

Cuando sus rodillas volvieron a tocarse, Arthur frotó la suya seductoramente. Luego preguntó con una sonrisa:

—Oye, ese cuadro que has comprado, el Prescott... ¿Lo has recibido ya? Los ojos de Alice se iluminaron cuando asintió.

—Sí. Ya soy dueña de un Harvey Prescott.

Alice Sanderson no era rica conforme a los parámetros de Manhattan, pero había invertido bien y se permitía algunos caprichos relacionados con su verdadera pasión. Había seguido la carrera de Prescott, un pintor de Oregón especializado en retratos de familia fotorrealistas, gente que no existía, sino que se inventaba él. Algunos tradicionales, otros no tanto: padres solteros, parejas homosexuales o mestizas. Casi ninguna de las obras de Prescott estaba al alcance de su bolsillo, pero Alice figuraba en las listas de correo de las galerías que de vez en cuando vendían obras suyas y el mes anterior se había enterado por una de la parte oeste del país de que iba a salir a la venta por ciento cincuenta mil dólares un pequeño lienzo de juventud del pintor. Efectivamente, el dueño había decidido vender y ella había echado mano de su cuenta de inversiones para reunir el dinero.

Ése era el paquete que había recibido. Pero el placer de poseer aquella pieza disminuyó otra vez al avivarse la sensación de desasosiego que le había

producido el repartidor. Recordó su olor, su mirada lasciva. Se levantó con la excusa de descorrer las cortinas y se asomó fuera. No vio ninguna furgoneta de reparto, ningún cabeza rapada apostado en la esquina de la calle, mirando hacia su piso. Pensó en cerrar la ventana, pero le pareció demasiado paranoico y además tendría que dar una explicación.

Regresó junto a Arthur, miró las paredes del pequeño apartamento y le dijo que no estaba segura de dónde colgar el cuadro. Se dejó llevar un instante por su fantasía: Arthur quedándose a pasar la noche un sábado y ayudándola a encontrar el lugar perfecto para el lienzo el domingo por la mañana, después de desayunar.

Su voz sonó llena de placer y orgullo cuando dijo:

—¿Quieres verlo?

—Claro.

Se levantaron y Alice se dirigió a su dormitorio. De pronto le pareció oír pasos fuera, en el pasillo. Pero los demás inquilinos debían estar en el trabajo a aquella hora.

¿Sería el repartidor?

Bueno, por lo menos no estaba sola.

Llegaron a la puerta del dormitorio.

Fue entonces cuando atacó la viuda negra.

Con un sobresalto, comprendió de repente qué era lo que la inquietaba, y no tenía nada que ver con el repartidor. No, se trataba de Arthur. El día anterior, cuando habían hablado, él le había preguntado cuándo iba a recibir el Prescott.

Ella le había dicho que iba a recibir un cuadro, pero en ningún momento había mencionado el nombre del pintor. Aflojó el paso al llegar a la puerta. Le sudaban las manos. Si Arthur se había enterado de lo del cuadro sin que ella se lo dijera, tal vez también hubiera averiguado otros datos sobre su vida. ¿Y si era mentira que tuvieran tantas cosas en común? ¿Y si él sabía de antemano que le encantaba el vino español? ¿Y si se había presentado en la cata de vinos sólo para acercarse a ella? Todos los restaurantes que conocían, los viajes, los programas de televisión...

Dios mío, allí estaba, llevando a su cuarto a un hombre al que sólo conocía desde hacía un par de semanas. Con la guardia baja...

Comenzó a respirar agitadamente. Comenzó a temblar.

—Ah, el cuadro —susurró Arthur, mirando más allá de ella—. Es precioso.

Y al oír su voz serena y agradable Alice se rió de sí misma. *¿Estás loca?* Tenía que haberle mencionado el nombre de Prescott. Procuró ahuyentar su

inquietud. *Cálmate. Llevas demasiado tiempo viviendo sola. Acuérdate de sus sonrisas, de sus bromas. Piensa igual que tú.*

*Relájate.*

Una risa suave. Miró el lienzo de sesenta por sesenta, los colores apagados, seis personas cenando alrededor de una mesa, mirando de frente, algunas divertidas, otras pensativas o preocupadas.

—Increíble —comentó Arthur.

—La composición es perfecta, pero lo que de verdad plasma a la perfección son las expresiones, ¿no te parece? —Se volvió hacia él.

Su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué es eso, Arthur? ¿Qué haces?

Se había puesto unos guantes de tela de color beige y estaba metiéndose la mano en el bolsillo. Entonces Alice lo miró a los ojos. Se habían endurecido y ahora parecían oscuros agujerillos bajo las cejas fruncidas. Apenas reconoció su cara.





## SEGUNDA PARTE

# TRANSACCIONES

Domingo, 22 de mayo

*Se oye a menudo esa vieja leyenda que afirma que nuestro cuerpo, hecho trozos, valdría cuatro dólares y medio. Nuestra identidad digital vale mucho más.*

ROBERT O'HARROW, JR. *No place to hide*



## 2

La pista les había llevado de Scottsdale a San Antonio y de allí a un área de descanso en Delaware, en la interestatal 95, llena de camioneros y familias agotadas, y por último a un destino poco probable: Londres.

¿Y la presa que había seguido aquella ruta? Un asesino profesional al que Lincoln Rhyme llevaba tiempo persiguiendo, un hombre al que había impedido cometer un crimen horrendo, pero que había logrado escapar de la policía por pocos minutos. Como decía con amargura el propio Rhyme, «se había largado tranquilamente de la ciudad como un puñetero turista que tuviera que estar de vuelta en el trabajo el lunes por la mañana».

El rastro se había secado como el polvo sin que la policía o el FBI descubrieran su escondite ni lo que podía tramar a continuación. Hacía unas semanas, sin embargo, Rhyme había sabido por sus contactos en Arizona que aquel mismo individuo era el sospechoso más probable en el asesinato de un soldado del ejército estadounidense cometido en Scottsdale. Las pistas indicaban que se había dirigido hacia el este: a Texas y luego a Delaware.

El nombre del asesino, que tal vez fuera real o tal vez un alias, era Richard Logan. Era probable que procediera de la parte oeste de Estados Unidos o Canadá. Tras pesquisas exhaustivas, habían dado con cierto número de individuos que respondían a ese nombre, pero ninguno de ellos encajaba con el perfil del asesino.

Después, gracias a un capricho del azar (Lincoln Rhyme jamás empleaba la palabra «suerte»), se había enterado por la Interpol, la principal organización de policía internacional, de que un asesino profesional procedente de Estados Unidos había sido contratado para un trabajo en Inglaterra. Había matado a alguien en Arizona para conseguir acceso a ciertos datos y hacerse con documentación militar, se había reunido con sus contactos en Texas y había recibido un adelanto de su tarifa en cierta parada de camiones de la Costa Este. Luego había volado a Heathrow y se hallaba ahora en algún lugar del Reino Unido, en paradero desconocido.

El objetivo de la «trama perfectamente hilada» de Richard Logan, que tenía su origen en «las altas esferas» (Rhyme no pudo evitar sonreír al leer la

pulida descripción de la Interpol), era un pastor protestante africano que, mientras dirigía un campo de refugiados, había descubierto una colosal estafa de robo de medicamentos contra el sida. El dinero que se obtenía con la venta de dichos medicamentos se dedicaba después a la compra de armas. Las fuerzas de seguridad habían trasladado al pastor a Londres después de que sobreviviera a tres intentos de asesinato en Nigeria y Liberia e incluso a uno en una sala de tránsito del aeropuerto de Malpensa, en Milán, donde la Polizia di Stato, provista de ametralladoras recortadas, lo vigilaba todo y pasaba muy poco por alto.

El reverendo Samuel G. Goodlight\* (nombre más acertado no podía haber para un hombre de iglesia, según Rhyme) se hallaba ahora en un piso franco en Londres, bajo la atenta mirada de agentes de Scotland Yard y de la Policía Metropolitana, y estaba colaborando con los servicios de inteligencia británicos y de otros países para seguir la pista de aquella trama de venta de fármacos para comprar armamento.

Mediante un intercambio de llamadas vía satélite y correos electrónicos cifrados que había abarcado varios continentes, Rhyme y la inspectora Longhurst, de la Policía Metropolitana, habían ideado una trampa para atrapar al asesino. Digno de las tramas que el propio Logan elaboraba con toda precisión, el plan exigía la participación de varios dobles y la ayuda esencial de un legendario extraticante de armas sudafricano con una amplia red de curtidos confidentes. Danny Krueger había ganado cientos de miles de dólares vendiendo armas con la eficacia y el desapasionamiento con que otros empresarios vendían aparatos de aire acondicionado o jarabe para la tos, pero un viaje que había hecho el año anterior a Darfur, donde había podido ver con sus propios ojos la carnicería que causaban sus juguetes, le había impresionado hondamente. Había dejado el negocio de las armas en el acto y se había afincado en Inglaterra. El grupo de trabajo incluía además a varios agentes del MI5, así como a personal de la oficina del FBI en Londres y a un agente de la Direction Générale de la Sécurité Extérieure, el equivalente francés de la CIA.

Ni siquiera sabían en qué región de Inglaterra se había escondido Logan para planear su atentado, pero Danny Krueger, siempre tan extrovertido, había oído decir que ejecutaría el golpe en los días siguientes. El sudafricano conservaba muchos contactos en el mundillo de la delincuencia internacional y había dejado caer aquí y allá falsas informaciones acerca del lugar «secreto» donde Goodlight se reunía con las autoridades. El edificio contaba con un patio

\* Goodlight: «Buenaluz» en español. (*N. de la T.*)

abierto, un campo de tiro perfecto para que el asesino matara a Goodlight de un disparo.

Pero era también el lugar ideal para localizar y abatir a Logan. El dispositivo de vigilancia estaba en marcha y numerosos policías armados y miembros del MI5 y del FBI montaban guardia veinticuatro horas al día.

Rhyme se hallaba ahora sentado en su silla de ruedas eléctrica de color rojo, en la planta baja de su casa de Central Park West. La habitación no era ya el lindo salón victoriano que había sido en tiempos, sino un laboratorio forense bien equipado y más amplio que muchas instalaciones parecidas en ciudades de tamaño medio. Se encontraba haciendo lo que había hecho con frecuencia esos últimos días: mirar fijamente el teléfono, cuyo botón número dos llamaría automáticamente a una línea de Inglaterra.

—El teléfono funciona, ¿verdad? —preguntó.

—¿Hay alguna razón para que no funcione? —respondió Thom, su cuidador, en un tono mesurado que a Rhyme le sonó como un trabajoso suspiro.

—No sé. Puede que se hayan sobrecargado los circuitos. O que haya caído un rayo en el tendido telefónico. Pueden pasar mil cosas.

—Entonces quizá deberías probarlo. Sólo por si acaso.

—Orden —dijo Rhyme, dirigiéndose al sistema de reconocimiento de voz enganchado a la unidad informática de control ambiental que suplía en muchos aspectos sus limitaciones físicas. Lincoln Rhyme era tetrapléjico: por debajo de la cuarta vértebra cervical, el lugar junto a la base del cráneo por donde se había roto el cuello años antes en la escena de un crimen, su capacidad de movimiento era muy limitada.

—Marcar: información telefónica —ordenó.

Los altavoces dejaron oír el ruido de la línea al marcar, seguido por un *bip, bip, bip*. Aquello irritó a Rhyme más que una avería telefónica. ¿Por qué no había llamado la inspectora Longhurst?

—Orden —dijo bruscamente—. Desconectar.

—Parece que funciona. —Thom colocó una taza en el soporte de su silla de ruedas y el criminalista bebió un sorbo del café fuerte a través de una pajita. Miró la botella de whisky Glemmorangie de dieciocho años que había en una estantería: estaba cerca, pero para él, como siempre, era inalcanzable.

—Éstas no son horas, ni siquiera es mediodía —comentó Thom.

—Evidentemente. Ya lo sé. No quiero. Es sólo que... —Había estado esperando una excusa para reprender al joven por aquel asunto—. Creo recordar que anoche me lo retiraste muy temprano. Sólo tomé dos vasitos. Prácticamente nada.

—Fueron tres.

—Si sumáramos el contenido, en centímetros cúbicos, quiero decir, equivaldría a dos copitas de nada. —La mezquindad, al igual que el licor, podía ser embriagadora a su modo.

—Pues no hay whisky por la mañana.

—Me ayuda a pensar con claridad.

—No, nada de eso.

—Claro que sí. Y además soy más creativo.

—Eso tampoco es cierto.

Thom vestía una camisa perfectamente planchada, corbata y pantalones informales. Su ropa estaba menos arrugada que de costumbre: el trabajo del cuidador de un tetrapléjico es en buena medida físico, pero la nueva silla de Rhyme, una Invacare TDX de «conducción integral», podía desplegarse hasta convertirse prácticamente en una cama, lo cual había facilitado mucho su trabajo. La silla podía incluso subir escalones de poca altura y correr a la velocidad de un atleta de mediana edad.

—Te estoy diciendo que quiero un poco de whisky. Ya está. He hecho explícito mi deseo. ¿Qué te parece?

—Que no.

Rhyme arrugó el ceño y clavó de nuevo la mirada en el teléfono.

—Si se escapa... —Se interrumpió—. ¿Qué pasa? ¿Es que no vas a hacer lo que hace todo el mundo?

—¿A qué te refieres, Lincoln? —Thom, un joven delgado, llevaba años trabajando para Rhyme. El criminalista lo había despedido en varias ocasiones y él, a su vez, también se había despedido. Pero allí seguía, lo cual atestiguaba la perseverancia, o la perversidad, de los dos.

—Yo digo «si se escapa» y tú dices «oh, no se va a escapar, no te preocupes». Y se supone que yo me tranquilizo. Es lo que hace la gente, ¿sabes?: intentar tranquilizar a los demás cuando no tienen ni idea de qué están hablando.

—Pero yo no lo he dicho. ¿Estamos discutiendo por algo que no he dicho, pero que podría haber dicho? ¿No es como si una mujer se enfadara con su marido porque ha visto una chica guapa en la calle y ha pensado que él la habría mirado con interés si hubiera estado allí?

—No sé cómo es —contestó Rhyme distraídamente, mientras seguía pensando en el plan para atrapar a Logan en Inglaterra. ¿Tenía lagunas? ¿Hasta qué punto era seguro? ¿Podía fiarse de que los confidentes no filtraban información que pudiera llegar a oídos del asesino?

Sonó el teléfono y en el monitor de pantalla plana que había junto a Rhyme se abrió la ventana del identificador de llamadas. Se llevó un chasco al

ver que el número no era de Londres, sino de mucho más cerca: de la Casa Grande. Así se llamaba en jerga policial al número uno de Police Plaza, la dirección de la policía en el centro de Manhattan.

—Orden: responder al teléfono. —*Clic*. Y luego—. ¿Qué hay?

A ocho kilómetros de allí, una voz masculló:

—¿Estás de mal humor?

—Sigo sin noticias de Inglaterra.

—¿Qué pasa? ¿Estás de guardia o qué? —preguntó el detective Lon Sellitto.

—Logan se ha esfumado. Podría moverse en cualquier momento.

—Es como tener un bebé —comentó Sellitto.

—Si tú lo dices. ¿Por qué llamabas? No quiero tener la línea ocupada.

—¿Todos esos cacharros tan sofisticados y no tienes llamada en espera?

—Lon...

—Está bien. Quería contarte una cosa. El jueves de la semana pasada hubo un robo con homicidio. La víctima era Alice Sanderson, una mujer que vivía en el Village. El homicida la mató a puñaladas y le robó un cuadro. Hemos detenido al culpable.

¿Por qué lo llamaba por eso? Un crimen corriente y un sospechoso detenido.

—¿Hay algún problema con las pruebas?

—No, ninguno.

—Entonces, ¿qué me importa a mí?

—El detective a cargo del caso recibió una llamada hace media hora.

—Al grano, Lon, al grano. —Rhyme estaba mirando la pizarra blanca que detallaba el plan para atrapar al asesino en Inglaterra. Era un plan muy complejo.

Y frágil.

Sellitto lo sacó de sus cavilaciones.

—Mira, lo siento, Linc, pero tengo que decírtelo: el sospechoso es un primo tuyo, Arthur Rhyme. Es su primera detención. Se enfrenta a una pena de veinticinco años y el fiscal del distrito dice que es un caso clarísimo.

### 3

—Hacía mucho tiempo.

Sentada en el laboratorio, Judy Rhyme, macilenta y con las manos unidas, se esforzaba denodadamente por mirar a cualquier parte salvo a los ojos del criminalista.

Había dos respuestas a su estado físico que enfurecían a Rhyme: cuando las visitas luchaban agónicamente por fingir que su invalidez no existía, y cuando la consideraban un motivo para convertirse en sus mejores amigos, para bromear y soltar tacos como si hubieran hecho la guerra juntos. Judy pertenecía a la primera categoría: sopesaba cuidadosamente sus palabras antes de colocarlas con delicadeza ante él. Aun así, era de la familia, más o menos, y Rhyme conservó la paciencia y procuró no mirar el teléfono.

—Mucho, sí —contestó.

Thom se estaba encargando de los cumplidos que a él siempre se le olvidaban. Había ofrecido a Judy un café que permanecía intacto sobre la mesa, ante ella, como un objeto de atrezo. Rhyme había vuelto a mirar el whisky con expresión anhelante, pero su ayudante no le había hecho caso.

La mujer, atractiva y de pelo oscuro, parecía en mejor forma, más fuerte y atlética, que la última vez que la había visto, unos dos años antes del accidente. Se arriesgó a mirar a la cara al criminalista.

—Siento que no hayamos venido. De veras. Quería venir.

No se refería a una visita de cortesía previa al accidente. Se refería a que no hubieran ido a verlo para mostrarle su simpatía después. Los supervivientes de una catástrofe son capaces de interpretar lo que no se dice en una conversación tan claramente como lo que sí se dice.

—¿Recibiste las flores?

En aquel entonces, después del accidente, Rhyme había estado aturdido por la medicación, por el trauma físico y por la lucha psicológica a brazo partido con lo inconcebible: el hecho de que nunca volvería a caminar. No recordaba que ellos le hubieran mandado flores, pero estaba seguro de que se las había mandado la familia. Se las había mandado un montón de gente. Mandar flores es fácil; ir de visita, no.



—Sí, gracias.

Silencio. Una ojeada involuntaria, veloz como una centella, a sus piernas. La gente piensa que, si no puedes caminar, algo les pasa a tus piernas. Pero no, las piernas están bien. El problema es decirles lo que tienen que hacer.

—Tienes buen aspecto —comentó Judy.

Rhyme ignoraba si lo tenía o no. Nunca se lo planteaba.

—Y he oído que te has divorciado.

—Sí.

—Lo siento.

¿Por qué?, se preguntó Rhyme. Pero era una pregunta cínica y asintió con la cabeza para agradecerle su gesto.

—¿Qué es de Blaine?

—Vive en Long Island. Volvió a casarse. No mantenemos mucho contacto. Es lo que suele ocurrir cuando no se tienen hijos.

—Lo pasé muy bien aquella vez en Boston, cuando vinisteis a pasar un fin de semana largo. —Una sonrisa que no lo era en realidad. Pintada, como una máscara.

—Sí, fue agradable.

Un fin de semana en Nueva Inglaterra. Salir de compras, una excursión al sur, a Cape Cod, un *pic-nic* a la orilla del mar. Rhyme recordaba haber pensado en lo bonito que era aquello. Al ver las rocas verdes de la costa, se le habían agolpado las ideas en la cabeza y había decidido empezar una colección de algas procedentes de los alrededores de Nueva York para la base de datos del laboratorio de criminalística de la policía. Había pasado una semana recorriendo en coche la zona metropolitana, tomando muestras.

Y durante aquel viaje para ver a Arthur y Judy, Blaine y él no se habían peleado ni una sola vez. Hasta el trayecto de vuelta a casa, con parada en un hotel de Connecticut, había sido agradable. Recordaba haber hecho el amor en la terraza trasera de su habitación, entre el olor embriagador de la madre-selva.

Después de aquella visita, no había vuelto a ver a su primo en persona. Habían mantenido una sola conversación más, muy breve, por teléfono. Luego había sobrevenido el accidente, y después silencio.

—Arthur pareció desaparecer de la faz de la Tierra.

Judy se rió, avergonzada.

—¿Sabes que nos mudamos a Nueva Jersey?

—¿De veras?

—Él enseñaba en Princeton. Pero lo dejó.

—¿Qué ocurrió?

—Era profesor adjunto e investigador. Decidieron no ofrecerle un contrato de profesor titular, Art dice que por motivos políticos. Ya sabes cómo son esas cosas en las universidades.

Henry Rhyme, el padre de Arthur, era un reputado catedrático de física de la Universidad de Chicago: esa rama de la familia Rhyme tenía una fuerte inclinación por la carrera académica. Cuando estaban en el instituto, Arthur y Lincoln debatían acerca de las ventajas de dedicarse a la investigación y a la enseñanza universitaria o al sector privado.

—Si te dedicas a la enseñanza, puedes hacer una contribución de peso a la sociedad —le había dicho Art mientras tomaban una cerveza, todavía más o menos ilegal a su edad, y había conseguido no echarse a reír cuando Lincoln había contestado, como era de rigor:

—Sí, y además las becarias están buenísimas.

No le sorprendió que Art hubiera optado por trabajar en la universidad.

—Podría haber seguido como profesor adjunto, pero renunció. Estaba muy enfadado. Pensó que conseguiría otro puesto enseñando, pero no fue así. Estuvo sin trabajo una temporada. Acabó en una empresa privada, de fabricación de instrumental médico. —Otra mirada automática, esta vez a la sofisticada silla de ruedas. Se sonrojó como si hubiera cometido un desliz—. No era el trabajo de sus sueños y no estaba muy contento. Estoy segura de que quería venir a verte, pero seguramente se avergonzaba por que no le hubiera ido del todo bien. Quiero decir que siendo tú tan famoso y todo eso...

Por fin un sorbo de café.

—Teníais tantas cosas en común... Erais como hermanos. Me acuerdo de Boston, de las historias que contasteis. Estuvimos despiertos hasta las tantas, riendo. Cosas que no sabía de él. Y Henry, mi suegro, cuando vivía hablaba constantemente de ti.

—¿De veras? Me escribía mucho. De hecho, recibí una carta suya unos días antes de que muriera.

Rhyme tenía numerosos recuerdos indelebles de su tío, pero una imagen destacaba en especial: la de aquel hombre alto, calvo y de cara colorada echando el cuerpo hacia atrás y soltando una estruendosa carcajada en plena cena de Nochebuena, una carcajada que avergonzaba a la docena de familiares reunidos en torno a la mesa, a todos excepto al propio Henry, a su paciente esposa y al joven Lincoln, que también reía. Le gustaba mucho su tío y solía ir a visitar a Art y a la familia, que vivía a unos cincuenta kilómetros de distancia, en Evanston, Illinois, a orillas del lago Michigan.

Rhyme, sin embargo, no estaba de humor para la nostalgia y sintió alivio al oír que se abría la puerta y que sonaban siete pasos firmes entre el umbral y

la alfombra. Supo quién era por los andares. Un momento después entró en el laboratorio una pelirroja alta y delgada, vestida con vaqueros y camiseta negra debajo de una blusa de color burdeos. Llevaba la blusa suelta y en lo alto de la cadera se veía el extremo de una pistola Glock negra.

Mientras Amelia Sachs sonreía y le daba un beso en la boca, el criminalista advirtió de soslayo que el gesto de Judy cambiaba. El mensaje era claro y Rhyme se preguntó qué era exactamente lo que la inquietaba: haber cometido el lapsus de no preguntarle si tenía pareja o haber dado por sentado que un tullido no podía tenerla, o al menos que no podía tener una pareja tan impresionantemente atractiva como Sachs, que había sido modelo antes de ingresar en la academia de policía.

Las presentó. Sachs escuchó con preocupación la historia de la detención de Arthur Rhyme y preguntó cómo estaba sobrellevando Judy la situación. Luego dijo:

—¿Tenéis hijos?

Rhyme cayó entonces en la cuenta de que, mientras reparaba en el desliz de Judy, él mismo había cometido uno al olvidar preguntarle por su hijo, de cuyo nombre no se acordaba. Resultó que la familia había aumentado. Además de Arthur hijo, que estaba en el instituto, tenían dos hijos más.

—Henry, que tiene nueve años. Y una niña, Meadow, que tiene seis.

—¿Meadow? —preguntó Sachs con sorpresa, por motivos que Rhyme no fue capaz de deducir.

Judy se rió, azorada.

—Y además vivimos en Jersey. Pero no tiene nada que ver con *Los Soprano*. Nació antes de que la viera.

¿*Los Soprano*?

Judy rompió el breve silencio:

—Seguramente te estarás preguntando por qué llamé a ese policía para conseguir tu número. Pero primero tengo que decirte que Art no sabe que estoy aquí.

—¿No?

—De hecho, si te digo la verdad, a mí tampoco se me había ocurrido. Estoy tan angustiada y duermo tan poco que me cuesta pensar con claridad. Pero hace un par de días estaba hablando con Art en el centro de detención y me dijo: «Sé que lo estás pensando, pero no llames a Lincoln. Esto tiene que ser un caso de confusión de identidad o algo así. Vamos a aclararlo. Prométeme que no lo llamarás». No quería causarte molestias, ya sabes cómo es Art, tan bueno, siempre pensando en los demás.

Rhyme asintió con una inclinación de cabeza.

—Pero cuanto más lo pensaba, más lógico me parecía. No se me ocurriría pedirte que muevas algunos hilos ni nada que no sea correcto, pero he pensado que quizá podrías hacer una llamada o dos. Dame tu opinión.

Rhyme se imaginaba qué tal sentaría aquello en la Casa Grande. Como asesor forense del Departamento de Policía de Nueva York, su labor consistía en llegar a la verdad condujera ésta adonde condujese, pero obviamente los jefes preferían que ayudara a condenar a los detenidos, no a exculparlos.

—He estado mirando tus recortes de prensa...

—¿Mis recortes?

—Art guarda libros de recortes de la familia. Tiene recortados artículos sobre tus casos. A montones. Has hecho cosas increíbles.

Rhyme dijo:

—Bueno, no soy más que un funcionario.

Judy expresó por fin una emoción espontánea: una sonrisa al mirarlo a los ojos.

—Art decía que no se creía tu modestia ni por un segundo.

—¿En serio?

—Pero sólo porque tú tampoco te la creías.

Sachs se rió.

Rhyme soltó una risa que pensó que sonaría sincera. Luego se puso serio.

—No sé qué podré hacer, pero cuéntame lo que ha pasado.

—Fue hace una semana, el jueves doce. Los jueves Art siempre sale temprano de trabajar. De camino a casa, corre un buen rato por un parque estatal. Le encanta correr.

Rhyme se acordó de las muchas veces en que, siendo niños (habían nacido con escasos meses de diferencia), corrían por las aceras o por los campos verde amarillentos que había cerca de sus casas del Medio Oeste. Volaban los saltamontes y los mosquitos se les pegaban a la piel sudorosa cuando paraban a coger aliento. Art parecía siempre en mejor forma, pero Lincoln había conseguido entrar en el equipo de atletismo de su facultad. Su primo no había querido intentarlo.

Dejó a un lado los recuerdos y se concentró en lo que estaba diciendo Judy.

—Salió del trabajo sobre las tres y media y se fue a correr. Llegó a casa como a las siete o siete y media. No estaba raro, se comportó como siempre: se dio una ducha, cenamos... Pero al día siguiente se presentó en casa la policía, dos agentes de Nueva York y uno de Nueva Jersey. Le hicieron unas preguntas y registraron el coche. Encontraron sangre, no sé... —Su voz conservaba aún un vestigio del trauma que había sufrido aquella espantosa mañana—. Regis-

traron la casa y se llevaron algunas cosas. Y luego volvieron para detenerlo. Por asesinato. —Le costó pronunciar la palabra.

—¿Qué había hecho, supuestamente? —preguntó Sachs.

—Dijeron que había matado a una mujer y que le había robado un cuadro raro. —Resopló con amargura—. ¿Robar un cuadro? ¿Para qué, si puede saberse? ¿Y matar a una mujer? Dios mío, Arthur no ha hecho daño a nadie en toda su vida. Es incapaz de algo así.

—Esa sangre que encontraron... ¿Han hecho análisis de ADN?

—Pues sí, lo han hecho. Y al parecer coincide con la de la víctima. Pero esos análisis pueden equivocarse, ¿no?

—A veces —contestó Rhyme, y añadió para sus adentros: *Muy raras veces.*

—O puede que el verdadero asesino pusiera allí la sangre.

—Ese cuadro —dijo Sachs—, ¿Arthur tenía algún interés particular en él?

Judy se puso a jugar con las pulseras de plástico blancas y negras que llevaba en la muñeca izquierda.

—El caso es que sí, antes tenía uno del mismo pintor. Le gustaba. Pero tuvo que venderlo cuando se quedó sin trabajo.

—¿Dónde encontraron el cuadro?

—No lo han encontrado.

—¿Y cómo saben que lo robaron?

—Alguien, un testigo, dijo que había visto a un hombre llevarlo del apartamento de la mujer a un coche más o menos a la hora a la que fue asesinada. Pero no es más que un terrible malentendido. Coincidencias... Tiene que ser eso, una extraña serie de coincidencias. —Se le quebró la voz.

—¿La conocía Arthur?

—Al principio dijo que no, pero luego, en fin, cree que quizá se hubieran visto alguna vez. En una galería de arte a la que va a veces. Pero dice que nunca habló con ella, que él recuerde. —Fijó los ojos en la pizarra blanca con el esquema del plan para capturar a Logan en Inglaterra.

Rhyme se estaba acordando de otros momentos que había pasado con Arthur.

*Te echo una carrera hasta ese árbol... No, idiota... Ese arce de allí... ¡A ver quién toca primero el tronco! A la de tres. Una, dos... ¡ya!*

*¡No has dicho tres!*

—Hay algo más, ¿verdad, Judy? Cuéntanoslo.

Rhyme dedujo que Sachs había adivinado algo en los ojos de la mujer.

—Es sólo que estoy angustiada. Por los niños, también. Para ellos es una pesadilla. Los vecinos nos tratan como a terroristas.

—Siento tener que insistir, pero es importante que conozcamos todos los datos. Por favor.

Había vuelto a sonrojarse y se agarraba con fuerza las rodillas. Rhyme y Sachs tenían una amiga policía, Kathryn Dance, que trabajaba en el CBI, la Oficina de Investigación de California. Estaba especializada en lenguaje gestual. Rhyme opinaba que aquella disciplina ocupaba un lugar secundario dentro de las ciencias forenses, pero respetaba a Dance y tenía algunas nociones sobre su campo de estudio. No le costó deducir que Judy Rhyme rebotaba estrés.

—Continúa —la animó Sachs.

—Es sólo que la policía encontró otras pruebas... Bueno, en realidad no eran pruebas. Nada parecido a pistas, pero... les hicieron pensar que quizás Art y esa mujer se estaban viendo.

—¿Qué opinas tú al respecto? —preguntó Sachs.

—Creo que no.

Rhyme reparó en el verbo atenuado. No lo había negado rotundamente, como en el caso del robo y el asesinato. Deseaba con toda su alma que no fuera cierto, pero seguramente había llegado a la misma conclusión a la que acababa de llegar él: que el hecho de que fueran amantes beneficiaba a Arthur. Era más probable robar a un desconocido que a una persona con la que uno se acostaba. Aun así, como esposa y madre que era, Judy pedía a gritos que la respuesta fuera no.

Levantó la vista y miró con menos recelo a Rhyme, al artificio en el que estaba sentado y a los demás aparatos que definían su vida.

—No sé qué estaba pasando, pero Art no mató a esa mujer. Es imposible. Lo sé de corazón... ¿Podéis hacer algo?

Rhyme y Sachs se miraron. Él contestó:

—Lo siento, Judy, ahora mismo estamos en medio de un caso muy importante. Estamos a punto de atrapar a un asesino muy peligroso. No puedo dejar el caso a medias.

—No te estoy pidiendo eso, sólo que hagas algo, lo que sea. No se me ocurre qué más hacer. —Comenzó a temblarle el labio.

—Vamos a hacer algunas llamadas —añadió Rhyme—, averiguaremos lo que podamos. No puedo darte información que supuestamente no puedas conseguir a través de tu abogado, pero te diré con franqueza lo que opino sobre las posibilidades de éxito de la acusación.

—Gracias, Lincoln.

—¿Quién es su abogado?

Les dio el nombre y el número de teléfono. Rhyme lo conocía, era un

penalista caro, con mucho renombre, pero estaría muy ocupado y tenía más experiencia en delitos financieros que en crímenes violentos.

Sachs preguntó por el fiscal.

—Bernhard Grossman. Puedo conseguir su número.

—No es necesario —dijo Sachs—, ya lo tengo. He trabajado con él otras veces. Es un hombre razonable. Imagino que le habrá ofrecido a tu marido una reducción de condena a cambio de que se confiese culpable.

—Sí, y nuestro abogado quería que aceptara, pero Arthur se negó. Sigue diciendo que es un error, que todo acabará por aclararse. Pero no siempre es así, ¿verdad? A veces la gente va a la cárcel, aunque sea inocente, ¿no es cierto?

*Sí, así es*, pensó Rhyme, y dijo:

—Vamos a hacer esas llamadas.

Judy se levantó.

—No sabes cuánto siento que hayamos dejado pasar tanto tiempo. Es inexcusable. —Para sorpresa de Rhyme, se acercó a la silla de ruedas sin vacilar y se inclinó para rozarle la mejilla con la suya.

El criminalista olió a sudor nervioso y a dos fragancias distintas, desodorante y laca, quizá. Perfume, no. No parecía de las que usaban perfume.

—Gracias, Lincoln. —Se acercó a la puerta y se detuvo. Dijo dirigiéndose a los dos—: Si descubres algo sobre Arthur y esa mujer, lo que sea, no pasa nada. Lo único que me importa es que no vaya a la cárcel.

—Haré lo que pueda. Te llamaremos si averiguamos algo concreto.

Sachs la acompañó a la puerta.

Cuando regresó, él dijo:

—Vamos a hablar primero con el abogado.

—Lo siento, Rhyme. —Al ver que él arrugaba el ceño, añadió—: Quiero decir que tiene que ser duro para ti.

—¿El qué?

—Pensar que han acusado de asesinato a un familiar cercano.

El criminalista se encogió de hombros, uno de los pocos gestos que aún podía hacer.

—Ted Bundy también era hijo de alguien. Y puede que también primo.

—Aun así. —Sachs levantó el teléfono. Al cabo de un rato consiguió dar con el abogado. Saltó el contestador y le dejó un mensaje. Rhyme se preguntó en qué hoyo de qué campo de golf estaría en ese momento.

Sachs llamó a continuación a Grossman, el ayudante del fiscal del distrito, que no estaba disfrutando del descanso dominical, sino en su despacho del centro de la ciudad. No se le había ocurrido relacionar el apellido del detenido con el del criminalista.

—Vaya, lo siento, Lincoln —dijo sinceramente—, pero la verdad es que es un buen caso, y no hablo por hablar. Si hubiera lagunas, te lo diría. Pero no las hay. El jurado lo condenará, eso es seguro. Le harías un gran favor si lo convences de que se declare culpable. Podría conseguir que le bajaran la pena a doce años.

Doce años, sin condicional. Arthur se moriría, pensó Rhyme.

—Te lo agradecemos —dijo Sachs.

El fiscal añadió que tenía un juicio complicado que empezaba al día siguiente y que no podía seguir hablando con ellos en ese momento. Les llamaría unos días después, si querían.

Les dio, sin embargo, el nombre del detective de la policía que había llevado el caso, Bobby Lagrange.

—Lo conozco —dijo Sachs, y lo llamó a casa. Respondió su buzón de voz, pero cuando probó a llamar a su móvil el detective respondió al instante.

—Lagrange.

El siseo del viento y el sonido de las olas revelaron a qué estaba dedicando el detective aquel día cálido y despejado.

Sachs se identificó.

—Ah, sí, claro. ¿Cómo te va, Amelia? Estoy esperando la llamada de un soplón. Estamos pendientes de un asunto en Red Hook y puede haber noticias en cualquier momento.

Así que no estaba en su barca de pesca.

—Puede que tenga que colgar a toda prisa.

—Entendido. Te estoy llamando por el manos libres.

—Detective, soy Lincoln Rhyme.

Una vacilación.

—Ah, sí. —Una llamada de Lincoln Rhyme solía captar de inmediato la atención de los demás.

Rhyme le explicó lo de su primo.

—Espere... «Rhyme». Me chocó el nombre, ¿sabé? Por lo raro, quiero decir. Pero no lo relacioné. Y él no me dijo nada de usted. Ninguna de las veces que he hablado con él. Su primo. Caramba, lo siento.

—Detective, no quiero interferir en el caso, pero me he comprometido a hacer algunas llamadas para averiguar qué ha pasado. Sé que el caso ya está en manos del fiscal. Acabo de hablar con él.

—Quiero que sepa que la detención estaba absolutamente justificada. Hace cinco años que llevo casos de homicidio y más claro que éste no he visto ninguno, como no sea un ajuste de cuentas entre bandas presenciado por un patrullero de la policía.



—¿Qué sucedió exactamente? La mujer de Art sólo me ha contado lo básico.

Con la voz crispada que adoptaban los policías al desgranar los detalles de un delito, desprovista por completo de emoción, Lagrange respondió:

—Su primo salió del trabajo temprano. Fue al apartamento de una mujer llamada Alice Sanderson, en el Village. Ella también había salido temprano ese día. No sabemos exactamente cuánto tiempo estuvo allí, pero alrededor de las seis de la tarde murió apuñalada y sustrajeron un cuadro de su casa.

—Un cuadro valioso, tengo entendido.

—Sí. Aunque no era un Van Gogh.

—¿Quién era el pintor?

—Un tal Prescott. Ah, y encontramos algunas cartas, folletos sobre Prescott que un par de galerías le habían mandado directamente a su primo, ¿sabe? No tenía buena pinta.

—Cuénteme más sobre el doce de mayo —dijo Rhyme.

—A eso de las seis, un testigo oyó gritos y unos minutos después vio a un hombre llevar un cuadro a un Mercedes azul claro aparcado en la calle. Se marchó a toda prisa. El testigo sólo vio las tres primeras letras de la matrícula, no le dio tiempo a ver el estado, pero buscamos en toda la zona metropolitana, redujimos bastante la lista e interrogamos a los propietarios. Uno de ellos era su primo. Fuimos mi compañero y yo a Jersey a hablar con él, le pedimos a un agente de allí que nos acompañara, por cuestión de protocolo, ya sabe. Vimos manchas que parecían de sangre en la puerta trasera y en el asiento de atrás. Debajo del asiento había una toalla ensangrentada. Coincidió con un juego que había en el apartamento de la víctima.

—¿Y los análisis de ADN dieron positivo?

—Era sangre de la víctima, sí.

—¿El testigo reconoció a Arthur en una ronda de identificación?

—No, fue un testigo anónimo. Llamó desde una cabina y no quiso dar su nombre. No quería meterse en líos. Pero no hacían falta testigos. Para los del laboratorio fue pan comido. Levantaron una huella de calzado en la entrada de la casa de la víctima, el mismo tipo de zapatos que llevaba su primo, y consiguieron algunas pruebas bastante sólidas.

—¿Pruebas genéricas?

—Sí, genéricas. Restos de espuma de afeitar, migas de aperitivos, restos del fertilizante para el césped que había en su garaje. Coincidían a la perfección con las que había en casa de la víctima.

No, no *coincidían a la perfección*, se dijo Rhyme. Las pruebas materiales se clasifican en varias categorías. Una prueba «individualizada» sólo puede

tener un origen, lo mismo que el ADN o las huellas dactilares. Los indicios «genéricos» comparten ciertas características con materiales semejantes, pero no tienen necesariamente el mismo origen. Las fibras de moqueta, por ejemplo. La sangre obtenida en la escena de un crimen y analizada genéticamente puede *coincidir* a la perfección con la sangre de un sospechoso. Pero una fibra de moqueta recogida en la escena de un crimen sólo puede *asociarse* con fibras encontradas en casa del sospechoso, lo que permite al jurado inferir que estuvo en el lugar de los hechos.

—¿Qué opinas? ¿La conocía Arthur o no? —preguntó Sachs.

—Afirmo que no, pero hemos encontrado dos notas escritas por ella. Una en su despacho y otra en casa. En una decía: «ART: COPAS». En la otra sólo decía «ARTHUR». Nada más. Ah, y encontramos su nombre en la agenda de la chica.

—¿Su número de teléfono? —Rhyme había fruncido el ceño.

—No, un número de móvil de prepago. No tenemos los registros.

—Entonces, ¿supone que eran más que amigos?

—Se nos ha pasado por la cabeza. ¿Por qué si no iba a darle un número de prepago y no el de su casa o el de la oficina? —Lagrange se rió—. Por lo visto a ella no le importó. Le sorprendería lo que es capaz de aceptar la gente sin hacer preguntas.

*No, no me sorprendería tanto*, pensó Rhyme

—¿Y el teléfono?

—Muerto. No lo hemos encontrado.

—¿Y creen ustedes que la mató porque le estaba presionando para que dejara a su mujer?

—Es lo que va a alegar el fiscal. Algo así.

Rhyme comparó lo que sabía de su primo, al que hacía más de una década que no veía, con aquella información. No podía ni confirmar ni negar la acusación.

—¿Hay alguien más que tenga un posible móvil? —preguntó Sachs.

—No, nadie. Su familia y sus amigos dicen que salía con hombres de vez en cuando, pero nada serio. No había tenido rupturas de pareja traumáticas. Llegué incluso a dudar si habría sido la esposa, Judy. Pero tenía coartada para esa hora.

—¿Arthur tenía alguna?

—No. Asegura que fue a correr, pero no hay nadie que pueda confirmarlo. En el parque estatal de Clinton, un sitio enorme. Y muy solitario.

—Por curiosidad —dijo Sachs—, ¿cómo se comportó durante el interrogatorio?

Lagrange se rió.

—Tiene gracia que lo preguntes: es lo más raro de todo el caso. Parecía aturdido. Como atontado de vernos allí. He detenido a un montón de gente a lo largo de mi carrera, algunos de ellos profesionales. Tipos con contactos, quiero decir. Y seguramente es el que mejor se ha hecho el inocente. Es un actor magnífico. ¿Recuerda eso de él, detective Rhyme?

El criminalista no contestó.

—¿Qué ha sido del cuadro?

Un silencio.

—Ésa es otra. No lo hemos recuperado. No estaba en casa del detenido, ni en el garaje, pero la gente de criminalística encontró tierra en el asiento trasero del coche y en su garaje. Coincidió con la tierra del parque al que iba a correr el detenido todas las noches, cerca de su casa. Suponemos que lo enterró en alguna parte.

—Una pregunta, detective —añadió Rhyme.

Un silencio al otro lado de la línea, durante el cual una voz dijo algo indiscifrable y se oyó de nuevo el aullido del viento.

—Adelante.

—¿Puedo ver el expediente del caso?

—¿El expediente? —No era una pregunta, en realidad. Sólo quería ganar tiempo para pensárselo—. Es un caso muy sólido. Y hemos seguido el procedimiento al pie de la letra.

—No nos cabe ninguna duda —dijo Sachs—. Pero el caso es que tenemos entendido que ha rechazado la reducción de condena.

—Ah, ¿y quieren convencerlo para que la acepte? Sí, lo entiendo. Es lo mejor para él. Bien, yo sólo tengo copias, las pruebas y todo lo demás lo tiene el ayudante del fiscal del distrito, pero puedo conseguirles los informes. ¿Dentro de un día o dos les parece bien?

Rhyme negó con la cabeza. Sachs respondió:

—Si pudieras hablar con Archivos y decirles que voy a ir a recoger el archivo en persona...

Volvió a oírse el viento a través del teléfono. Luego el sonido cesó bruscamente. Lagrange debía de haberse puesto a refugio.

—Sí, de acuerdo, voy a llamarles ahora mismo.

—Gracias.

—No hay de qué. Buena suerte.

Después de que colgaran, Rhyme esbozó una breve sonrisa.

—Ha sido un buen toque, eso de la reducción de condena.

—Una tiene que conocer a su público —repuso Sachs, y colgándose el bolso del hombro se dirigió a la puerta.